

El jardín de Pino

Caminábamos por la vega, buscando el lugar para lo que sería el aula Amereida, en honor a los 50 años del Diseño en la Escuela (iniciativa que se vio frustrada por la irrupción de la pandemia). En el trayecto, y a propósito de nada, Patricio Cárvaves exclama: «¡Qué belleza!», levantando la vista y recorriendo de punta a punta el jardín de la extensión. Traté de seguir su mirada sin saber bien adónde poner el foco. La suya es una mirada perspicaz, que parece capturar en un instante los fantasmas de todos los artificios que mediaron en el desafío de la construcción, e hicieron de esta obra un verdadero jardín. El tractor había cortado hacía pocas horas el pasto y el verde brillante de cada brizna se mezclaba con el aroma inconfundible de la poda. Entonces este recuerdo viene de golpe:

Ese día del **2001**, llegamos a la Ciudad Abierta muy temprano en la mañana, porque allí tendríamos una clase seguida de una jornada de trabajo. Vimos buena parte de la explanada de la vega trazada en cuadrantes con estacas simples y pitas tensadas, mientras un profesor del taller nos daba una instrucción breve seguida de una lección menos breve.

La instrucción era elemental: debíamos ubicarnos en parejas o tríos dentro de un cuadrante asignado con un saco de sustrato y otro lleno de esquejes de chéptica, y cada 15 centímetros cavar con las manos en la arena y vaciar un puñado grande de sustrato, para enganchar ahí lo mejor posible un par de brotes. Ya había pasto en algunas zonas y nuestra tarea era cubrir las áreas desiertas entre los parches verdes.

La lección era más general y consistía en valorar el registro como herramienta de autoaprendizaje. Registrar de manera sistemática todo lo hecho, el

trazado y las instrucciones, incluso los inconvenientes; nos dejaba en un lugar distinto a la pura mano de obra. Cosa que asumimos con cierta sospecha.

Mi primera impresión fue que plantar chéptica en la arena era tan escurridizo como hacer castillos en el aire, pero para mi sorpresa empezaba a aceptar con naturalidad las tareas inatrapables que nos encargaban clase a clase. A diferencia de las anteriores, con esta tarea tenía a mi favor una experiencia infantil exitosa: había plantado chéptica en un suelo arcilloso, diferente a la arena, pero igual de adverso para la supervivencia vegetal, y la había visto crecer lentamente hasta colmar el diminuto patio, que ante mis ojos de niña era enorme.

Un profesor —que no era el nuestro—, molesto por la desprolijidad del trabajo que habíamos realizado, se paseaba iracundo entre los cuadrantes pidiendo explicaciones de todo tipo y exigiendo la presencia de los adultos responsables a cargo del tropel de jovencitos que profanaban su tesoro verde. El gesto de su furia resultaba contradictoriamente de la mayor consideración hacia los sacos de esquejes tiernos, desmenuzados de las matas que se habían recogido en las orillas del Aconcagua con excavadoras para ese jardín. La furia nos mostró de una manera poco convencional, pero muy efectiva, la seriedad del jardín como proyecto. Que el arquitecto tuviera además un apodo como «Pino», confirmaba su autoridad en materia de la arquitectura de la extensión.

Ursula Exss Cid